

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

Una aproximación interdisciplinar a la Croacia reciente

An Interdisciplinary Approach to Recent Croatia

pp. 779-805

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.23.030>



Universidad
de Navarra

Una aproximación interdisciplinar a la Croacia reciente

An Interdisciplinary Approach to Recent Croatia

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra
iolabam@unav.es

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.23.030>

Cuvalo, Ante, *The Croatian National Movement 1966-1972*, Chicago, Crolibertas, 2019 (1ª ed., 1990), 314p. ISBN: 978-0-88033-179-8.

Schäuble, Michaela, *Narrating Victimhood. Gender, Religion and the Making of Place in Post-War Croatia*, Nueva York/Oxford, Berghahn, 2017 (1ª ed., 2014), 374p. ISBN: 978-1-78533-740-6.

Schellenberg, Renata, *Commemorating Conflict: Models of Remembrance in Postwar Croatia*, Oxford, Peter Lang, 2016, 180p. ISBN: 978-1787071247



Universidad
de Navarra
Departamento de Historia,
Historia del Arte y Geografía

Los tres libros que presentamos tienen en común, como dice el título de este informe, que tratan de la realidad de Croacia en los últimos años, pero difieren por su perspectiva metodológica. Ante Cuvalo es un historiador, Michaela Schäuble, una antropóloga, y Renata Schellenberg, que posteriormente se ha dedicado a la historia literaria, presenta, en el libro que aquí traemos a colación, un estudio sobre la memoria histórica.

Por razones cronológicas, vamos a comenzar con el libro de Cuvalo. Aunque son abundantes en él las referencias a un pasado más remoto, que se remonta a comienzos del siglo XX, su estudio, como dice su título, trata en detalle de los años 1966-1972, aunque después llega a conclusiones muy estimables para los años que terminan en la «revolución» de 1990.

El movimiento nacional croata en los años 60 y primeros 70 —la llamada «Primavera croata»— tuvo tres períodos, que aproximadamente son los siguientes: 1965-1968, 1968-1970 y enero de 1970 a diciembre de 1971. Durante la primera fase, tuvieron lugar dos importantes cambios que afectaron mucho a los acontecimientos que seguirían inmediatamente después. En primer lugar, los reformadores en la cumbre de la Liga de los Comunistas Yugoslavos —en adelante, LCY—, dirigidos principalmente por los miembros croatas y eslovenos, vencieron en sus esfuerzos descentralizadores y sometieron a las fuerzas conservadoras dirigidas por el vicepresidente serbio Alexander Rankovic. En segundo término, los intelectuales croatas se convirtieron en los portavoces de los intereses nacionales croatas. Entre otros signos, la *Declaración sobre la lengua croata* (1967) indicó claramente que estaban preocupados por el futuro de la cultura y del bienestar nacional.

Ninguno de los dos campos ideológicos opuestos, el Partido Comunista y las instituciones religiosas, eran capaces de conseguir la unidad nacional para Croacia. Fue la *intelligentsia*, que procedía de diferentes elementos sociales e ideológicos, la que obtuvo cierta unidad nacional. Aunque esta carecía de estructura organizativa, consiguió atraer un apoyo masivo gracias a su tolerancia ideológica y porque expresaba abiertamente las preocupaciones y los problemas nacionales.

En su conjunto, la *intelligentsia* y el movimiento nacional no retaron al Estado o al sistema por sí mismos, pero protestaron contra la puesta en práctica inconsistente de los principios básicos del Partido, particularmente cuando estaban en cuestión los intereses croatas. Examinaron las proclamas básicas posteriores a la Guerra sobre derechos nacionales, autogestión y el así llamado comunismo «liberal» en Yugoslavia.

En los últimos años 60 (1968-1970), mientras la brecha entre los conservadores y los liberales del Partido estaba creciendo, el movimiento nacional croata entró en su segunda fase. Ahora los elementos liberales comenzaron a plantear las mismas cuestiones que la *intelligentsia*. Una diferencia de gran alcance

entre ambos era, sin embargo, que los liberales del Partido hablaban en términos de clase, mientras que la *intelligentsia* empleaba referencias nacionales. Mientras los primeros tendían a ver en los problemas económicos el origen de todas las tensiones en Yugoslavia, los intelectuales mantenían que los problemas nacionales tenían raíces mucho más profundas, históricas, políticas, sociales y culturales. También durante este periodo, los papeles dentro del movimiento nacional se definieron más claramente. La *Matica Hrvatska* —la más antigua e importante sociedad cultural croata, nacida en 1842— comenzó a jugar un importante papel a nivel nacional. Sus publicaciones aumentaron, estuvo mejor organizada y su dirección más orientada en el sentido nacional. Hubo también algunos importantes cambios en la Universidad de Croacia. Su dirección fue poco a poco alejándose del control del Partido, y comenzó a reflejar un nuevo curso de socialismo liberal y humanista y afirmación nacional. Esta fase culminó con el Décimo Pleno del Comité Central de la Liga de Comunistas de Croacia (CC LCC), en enero de 1970, con el que comenzó un nuevo período del movimiento.

La fase tercera y final del movimiento duró desde enero de 1970 a diciembre de 1971. El citado Décimo Pleno constituyó una derrota para los conservadores en Croacia y para el movimiento nacional croata. Durante esta tercera fase, amplió su base y consiguió un apoyo masivo. Pero al mismo tiempo, la dirección liberal del Partido, que había triunfado en 1970, se dividió en dos grupos. Un segmento, los miembros más jóvenes y progresistas, se acercó más a la *intelligentsia*. Este grupo se encontró pronto en la cima de la jerarquía del Partido en Croacia y, en una alianza popular, hizo un esfuerzo para conseguir más libertad y autogobierno. El otro segmento del ala liberal, los neoconservadores, se acercó mucho a los ultraconservadores.

El movimiento nacional en Croacia no era una fuerza organizada, sino, como hemos visto, una combinación de varios grupos. Su alma la constituían los intelectuales reunidos en torno a la *Matica*. La dirección del Partido estaba en algún lugar entre la organización y las masas, intentando influir en ambas. Los estudiantes universitarios eran sus verdaderos idealistas. Apoyaban con entusiasmo a la dirección del Partido y pedían plenos derechos humanos y nacionales para el pueblo croata.

Aunque la *Matica* era indudablemente la punta de lanza del movimiento, el papel de la dirección progresista del Partido no era menos importante. Legitimaba el elemento nacional, pero carecía del poder para obtener los deseados cambios. Su influencia en la República era significativa, incluso aunque no fuera capaz de transformar el apoyo masivo en acción política. La razón para esa falta de poder político entre los progresistas era que el poder real en Yugoslavia estaba en manos de las fuerzas militares y policiales, de los bancos y del LCY, todos los cuales estaban centrados en la capital federal serbia (yugoslava) y en último

término controlados por el mismo Tito. Los progresistas se habían convertido en tribunos de las masas, pero su única arma política eran las mismas masas desorganizadas. Desde el momento en que Tito les quitara su apoyo para sus empresas, su suerte estaba echada.

En el contexto de la historia nacional croata, el movimiento puede ser visto como una continuación de la lucha que empezó con el despertar a mediados del siglo XIX. En el período anterior a la Gran Guerra, mientras Croacia era todavía parte del Imperio de los Habsburgo, las fuerzas nacionales croatas lucharon contra el centralismo de Viena y Budapest, contra su explotación económica y su opresión política. Exigieron autonomía política y económica, emancipación cultural y nacional y la unificación de todas las tierras croatas en una única unidad política. Del mismo modo, durante el periodo de entreguerras, el problema principal era el centralismo serbio y la subordinación política, económica y cultural de Croacia a la dinastía Karageorgevic. Inmediatamente después de 1918, su objetivo fue una República Croata neutral. Durante los últimos años veinte y los treinta, había dos corrientes políticas principales en Croacia: una trabajaba en favor de una condición de Estado croata dentro de una Yugoslavia confederal, mientras que la otra pedía una independencia completa. Incluso el Partido Comunista en Croacia flirteaba con ambas ideas.

El movimiento de masas croata de los 60 continuaba en la misma tradición de la lucha por el autogobierno croata. Sus raíces ideológicas —afirmación que me parece muy discutible— estaban en el revisionismo marxista croata de entreguerras, que sobrevivió entre los intelectuales de izquierdas durante los periodos de la guerra y de la posguerra. El movimiento, sin embargo, no hubiera podido crecer ni extenderse tan rápidamente si no hubiera encontrado un suelo fértil entre la población croata.

En algunos aspectos el movimiento de masas croata se parecía mucho al Partido Campesino Croata de Radic durante el periodo de entreguerras. En los años veinte Radic despertó la conciencia nacional croata y politizó al campesinado. Del mismo modo, el movimiento de los 60 y 70, especialmente la *Matica Hrvatska*, hicieron a las jóvenes generaciones conscientes de su debilidad nacional y movilizaron a las masas en la lucha por sus derechos nacionales. En la dicotomía de dos ideologías nacionales croatas tradicionales, el exclusivismo de Starcevic (Partido del Derecho) y el yugoslavismo de Strossmayer, el movimiento, como el partido de Radic, estuvo en algún lugar entre los dos. No abogaba por la ruptura de Yugoslavia, pero insistía en los derechos nacionales croatas, incluido el de la plena condición estatal y a la autodeterminación. Esa es la razón por la que Radic, su pacifismo y sus políticas sociales y nacionales, eran tan admirados por las masas del movimiento nacional; sin olvidar que Radic era para los croatas un héroe: había sido asesinado en el propio Parlamento yugoslavo (*Skupstina*).

Sus objetivos más importantes en los 60 y primeros 70 eran controlar el propio destino nacional y conseguir la completa emancipación nacional. Históricamente, Croacia ha sido una de esas «pequeñas naciones» cuyo destino ha sido trazado por las guerras, por los tratados internacionales de paz, así como por las luchas por el poder religioso e ideológico de ámbito internacional. En Yugoslavia, en contra de todas las promesas, el poder último a la hora de la toma de decisiones para los croatas estaba en Belgrado. También en los 60, había un sentimiento entre la *intelligentsia* croata y los liberales del Partido de que la existencia de la nación croata estaba amenazada por la asimilación, la emigración y la explotación económica. Por ello, el deseo de una mayor descentralización de Yugoslavia y de conseguir la estatalidad era cada vez mayor. Sin embargo, el objetivo no era una estatalidad nominal como en el pasado, sino real. Esto significaba antes que nada el control total de su economía. Sin poner fin a la fuga de riqueza económica de Croacia, no podría haber nuevos empleos y el éxodo de croatas hacia Occidente continuaría. En otras palabras, sin esos cambios Croacia tendría pronto que afrontar el desastre nacional. Las voces dirigentes del movimiento también insistían en que los croatas tenían su propia y antigua cultura, lengua, Estado y tradición política. Por tanto, exigían el derecho a estar directamente entre las naciones más progresivas del mundo y no simplemente como una parte del «yugoslavismo» que nadie aceptaba más.

Los medios y los métodos del conflicto político croata en los 60 eran también similares a los de períodos anteriores. Estaban basados en derechos históricos, en principios naturales y morales, en —aquí me permito también discrepar— el papel emancipatorio de la revolución comunista y en la opinión mundial. Las fuerzas nacionales croatas en el pasado se basaron en el principio de los derechos históricos, poniendo de manifiesto la continuación de la condición estatal de Croacia desde comienzos de la Edad Media y sus acuerdos legales con la Corona húngara de San Esteban y con los Habsburgo. Del mismo modo, los dirigentes del nuevo movimiento insistieron en las proclamaciones oficiales del Partido sobre política nacional en los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial, de acuerdo con las cuales cada nación dentro de Yugoslavia tenía garantizado el autogobierno e incluso el derecho a la separación. Al recordar dichos documentos históricos, confiaban en legitimar su lucha nacional. A pesar del hecho de que muchos, especialmente los grandes poderes, consideraban las «pequeñas naciones como una debilidad», ellos soñaban en una sociedad pluralista y en un mundo donde las personas de todas las naciones contribuirían al progreso mundial.

Los intelectuales del movimiento nacional croata creían firmemente que el mundo debería ser pacífico e integrado. Pero creían que dicha integración no debería conseguirse sobre la base de la asimilación del internacionalismo marxista

o capitalista. Para ellos, el proceso de integración debería estar basado en el respeto de la individualidad de cada nación (Franjo Tujman). Sabían que el nacionalismo puede ser una fuerza tanto positiva como negativa. El movimiento era una parte del proceso en curso de humanización y descolonización del mundo.

Había también una convicción entre los croatas de los 60 de que la opinión mundial, especialmente en Occidente, estaba de su parte, porque su movimiento era liberal, humanista y orientado a la libertad. Todavía pensaban que Occidente estaba interesado en dar al menos un apoyo moral a tales movimientos y que los principios morales estaba por encima de los intereses políticos inmediatos. Pero todos esos principios tenían muy poco peso político. Hablando en general, el movimiento no encontró mucha comprensión entre los gobiernos occidentales.

Desde su comienzo, el Partido consideró que era prerrogativa suya llamar a cualquier otro su «enemigo», lo cual era usualmente el primer paso en el proceso de desacreditar y destruir a ese «enemigo». En el caso de los intelectuales croatas, el Partido empleó exactamente los mismos antiguos métodos de propaganda y condenó a los miembros del movimiento como «contrarrevolucionarios», «reaccionarios», «fascistas», etc., o personas que estaban en contacto con «servicios secretos» extranjeros. También, durante los juicios posteriores a 1971, algunos de sus miembros fueron acusados de haber planeado tomar el poder político frente al Partido. Es absurdo, sin embargo, que dichas acusaciones fueran hechas por un partido que representaba menos del 5% del pueblo.

El destino de la LCY estaba estrechamente conectado con el del propio Estado yugoslavo. Además de su papel de clase, tradicionalmente se ha presentado como indispensable para la unidad del país y la paz en los Balcanes. Así, para preservar el país y su monopolio del poder necesitaba machacar a todas las fuerzas que, a sus ojos, se habían convertido en una amenaza a su unidad y poder y a la integridad del Estado. El movimiento nacional croata fue considerado una amenaza y tenía que ser sometido por todos los medios.

Además de un reto al monopolio de poder del Partido, el movimiento en Croacia se había producido en el curso de una colisión con las fuerzas centralistas de Belgrado en las cuestiones de la descentralización económica y política. A Belgrado no le interesaba poner en marcha por completo la descentralización, porque ello hubiera privado a las instituciones federales controladas por los serbios de mucho poder económico y político. Así, uno de los problemas esenciales entre serbios y croatas residía en el hecho de que a los croatas les interesaba mantener su riqueza económica y sus ganancias para sí mismos, mientras que los serbios querían seguir dominando la economía croata.

Parece que la dirección política e intelectual croata en los últimos 60 y 70 no prestó demasiada atención al efecto del movimiento en las relaciones internacionales del país, particularmente en la balanza de poder Este-Oeste. Este fue

otro factor que contribuyó al fracaso del movimiento. Apoyar una Yugoslavia centralizada para preservar Yugoslavia como una zona parachoques entre los dos campos opuestos ideológica y militarmente ha interesado tanto al Este como al Oeste. Uno de los hechos desafortunados para el movimiento fue que los poderes políticos, en el Este y en el Oeste, lo veían como potencialmente peligroso. Para los gobiernos y observadores occidentales, que partían de la premisa de que la unidad yugoslava era intrínsecamente buena y políticamente beneficiosa, el movimiento era reaccionario y negativo. Para los Soviets, el movimiento era peligroso tanto ideológica como geopolíticamente. Por tanto, las acusaciones de Belgrado de que el movimiento había ido demasiado lejos y que debía ser aplastado por el bien del socialismo, la paz en los Balcanes y la balanza del poder en Europa, fueron fácilmente aceptadas por otros países y observadores. Muy probablemente no fue por accidente que Brezhnev estuviese en Belgrado y Tito en Washington poco antes del *putsch* de Karadjordjevo de diciembre de 1971 que acabó con el movimiento nacional croata.

El movimiento croata de los 60 y primeros 70 puede ser visto también a la luz de los acontecimientos en Europa oriental en el período posterior a la última Guerra Mundial. El comunismo nacional ha sido uno de los elementos más disgregadores dentro del bloque comunista. Por ejemplo, los comunistas de orientación nacional jugaron un papel de primera importancia en Hungría y en Polonia a mediados de los 50. Pero los acontecimientos en Checoslovaquia durante la Primavera de Praga en 1968 se parecen mucho a los de Croacia y Yugoslavia. En 1968, Checoslovaquia, un país multinacional, se orientaba hacia la liberalización ideológica y la igualdad nacional. Como los croatas, los eslovacos estaban luchando por una mayor autonomía y derechos nacionales. En ambos países, incluso los miembros «liberales» de las naciones rectoras, los checos en Checoslovaquia y los serbios en Yugoslavia, apenas entendían a los «nacionalistas» eslovacos o croatas. El obstáculo principal para el movimiento de Praga vino de las presiones soviéticas externas y del poder militar. Del mismo modo, el destino último del movimiento croata fue paralizado por las instituciones centrales de Belgrado, incluyendo las fuerzas militares, y muy probablemente con las bendiciones de ambos bloques ideológicos.

Aunque el movimiento había sido apagado, los acontecimientos de fines de los 60 y comienzos de los 70 tuvieron un fuerte efecto sobre el pueblo croata, especialmente sobre la generación más joven. Al descubrir cuestiones políticas, económicas, culturales y nacionales fundamentales, el movimiento elevó la conciencia nacional y política de la generación de la posguerra. También tuvo un efecto en la nueva Constitución de 1974, que dio a las repúblicas mayor autonomía a la hora de tomar decisiones de la que tenían antes. Sin embargo, tuvo que librarse una batalla de gran entidad para la revisión de la Constitución. Serbia

estaba pidiendo enmiendas que fortalecieran más a los poderes centrales, mientras croatas y eslovenos se oponían a tales cambios. Otra consecuencia positiva de la «Primavera croata» fue que el pueblo en Croacia, como en las demás repúblicas, adquirió un gusto por el pluralismo que sacudió el control del Partido.

Al suprimir el movimiento, el régimen «no resolvió ninguno de los grandes problemas planteados en 1971» (Nora Beloff). A pesar de ciertos cambios constitucionales y estructurales (aplaudidos dentro y fuera del país), a mediados de los 70 el problema básico del centralismo permanecía. Las purgas, los juicios y los encarcelamientos llevaron a los croatas a la apatía y a la resistencia pasiva e incluso a un nacionalismo más profundo. Antes, los croatas creían que el sistema era de alguna forma flexible a la hora de permitir que fueran resueltos en Yugoslavia de modo pacífico problemas nacionales y de otro tipo. Pero los acontecimientos de diciembre de 1971 llevaron a una mayor alienación y, como algunos piensan, incrementaron la amenaza de un movimiento más radical en el futuro.

Además de tener problemas económicos graves, Yugoslavia continuaba plagada de problemas nacionales. Las relaciones entre serbios y albaneses en Kosovo se habían ido deteriorando rápidamente desde 1981. Mientras los no serbios consideraban que el problema de Kosovo había sido fundamentalmente un problema serbio, los eslovenos habían ido levantando sus voces contra el centralismo federal. Irónicamente, los líderes del partido esloveno, aunque federalistas, se pusieron del lado de las fuerzas centralistas en 1971, pero ahora las exigencias de su nuevo y más joven liderazgo eran las mismas que las de Croacia en 1971. Sin embargo, la cuestión croata todavía seguía siendo el problema nacional más importante del país. Los unitaristas y hegemónicos de Belgrado todavía veían el nacionalismo croata como el más peligroso, porque estaba en directa oposición con sus propios intereses. Por ejemplo, había mucha más libertad política y nacional en Eslovenia que en Croacia. Pero los croatas, aunque relativamente silenciosos, no habían renunciado a sus objetivos nacionales. Tuvieron su sueño de libertad nacional durante un largo tiempo. Tanto la primera como la segunda Yugoslavia no lo cumplieron; más bien intentaron aplastarlo. Por esta razón la cuestión croata y el problema nacional en Yugoslavia son tan relevantes hoy como lo han sido desde la creación del Estado en 1918.

En el momento en que Tito frustró las esperanzas del movimiento nacional croata a finales de 1971, los abogados internos y externos del *status quo* y aquellos que percibían el movimiento como un gran peligro para el país y su sistema daban gracias de que Tito aun estuviera vivo. Se pensaba que el viejo dirigente había salvado al país una vez más. Algunos observadores extranjeros fueron más allá y jalearon las purgas y encarcelamientos en Croacia como un «paso completamente democrático».

UNA APROXIMACIÓN INTERDISCIPLINAR A LA CROACIA MODERNA

En último término, el poder en el país estaba todavía en manos de Tito, que permaneció como el árbitro final hasta su muerte. Pero el hecho de que el destino del país dependiera de la voluntad de una sola persona ha tenido un profundo efecto sobre el país, después de que este dejó la escena. Los poderes absolutistas de Tito encubrían una multitud de problemas no resueltos y debilidades. Tan pronto como murió, comenzaron a aparecer grietas disimuladas, que se ha enfrentado con severas crisis económicas, políticas, sociales, psicológicas, morales e intranacionales. Como ha escrito Jozé Pirjevec, tan pronto como Tito murió Yugoslavia se derrumbó como un castillo de naipes.

En su «Postcript», fechado en diciembre de 1988, el autor narra los principales acontecimientos y problemas ocurridos en Yugoslavia desde 1972, y lo hace de forma que el lector puede adivinar lo que serían las guerras balcánicas a partir de 1990. No obstante, dado el interés particular del autor por Croacia, aquí nos referiremos, además de a la evolución común de Yugoslavia, sin la que no se podría entender nada, a los cambios que en esos años se produjeron en Croacia, aunque no fueran los más significativos del periodo ni, en el caso croata, adelantarán lo que ocurrió en 1990.

Los acontecimientos en Yugoslavia desde 1972 hasta el momento en el que escribe el autor, pueden dividirse en dos periodos básicos: antes y después de la muerte de Tito. La abrumadora preocupación en el país durante el primer período (1972-1980) fue fortalecer la disciplina de Partido, el control de la sociedad por este y establecer un mecanismo adecuado que asegurara una sucesión pacífica en el poder en el momento de la muerte de Tito. En este punto el régimen tuvo éxito. Pero los acontecimientos posteriores a su fallecimiento indicaron que la suave transición del poder en 1980 era engañosa. El país no podía sostenerse sobre la base de la inercia del pasado. Se podría decir con cierta certeza que la Yugoslavia posterior a Tito ha caminado sobre la ruta de lo desconocido. Pero más significativo es el hecho de que la dirección del país se ha estado moviendo en dos direcciones opuestas: por un lado, los serbios han estado empujando en favor de la recentralización del país, mientras los demás, especialmente eslovenos y croatas, defendían sus autonomías, pidiendo incluso más autogobierno para sus repúblicas. Además, eran cada vez más los que ponían en cuestión el sentido del Estado yugoslavo como tal.

Entre 1972 y 1980 los principales acontecimientos políticos fueron los siguientes. Después del aplastamiento del movimiento croata, hubo purgas en otras repúblicas, especialmente en Serbia y en Eslovenia. Los dirigentes de los partidos republicanos fueron acusados de «liberalismo» y cesados. Sin embargo, no hubo juicios ni persecuciones. La centralización dentro del Partido y la descentralización del Estado continuaron, y la autogestión se reafirmó como el único camino hacia el comunismo. Estos procesos y principios políticos fueron incorporados a

la nueva Constitución promulgada en 1974, y oficialmente aceptados por el Partido en su Décimo Congreso del mismo año. El último Congreso del Partido en el que participaron Tito y Kardelj, las dos figuras clave en Yugoslavia desde que el Partido tomó el poder en 1945, tuvo lugar en 1978. Fue un congreso de optimismo y de autoelogios del Partido. Parecía ser más una fiesta de despedida para los viejos líderes que una reunión de la vanguardia de la clase trabajadora que se enfrentaba con crisis de gran calado. A excepción de Edvard Kardelj —cuyo discurso defendió que las fuerzas internas yugoslavas y sus relaciones a finales de los 70 no eran muy diferentes a las de la Yugoslavia anterior a la guerra—, todos estaban eufóricos. La principal preocupación del Partido era la suerte de Tito y los problemas que apuntaban bajo una ligera capa de optimismo y autoelogio.

Uno de los factores más importantes que terminaron con ese optimismo fue la crisis económica de los 80. Hasta entonces parecía que la economía yugoslava lo estaba haciendo excepcionalmente bien. Había signos de mejora económica, especialmente grandes inversiones y un aumento del nivel de vida. Los dos fenómenos no se suelen producir a la vez, pero la solución a esta contradicción aparente se encontraba en los créditos exteriores. Yugoslavia debía miles de millones de dólares a los países y bancos occidentales. Como es natural, pronto aparecieron altos niveles de inflación, un parón en la industrialización y la modernización, el incremento del desempleo y la constante rebaja de los salarios reales, lo que en principio no produjo disturbios sociales serios, debido a la corrupción y a la economía subterránea. Pero ya a finales de los 70, un pueblo exprimido provocó numerosas huelgas, al mismo tiempo que en el país aparecían más y más personas hambrientas y sin hogar. Las esperanzas que el régimen ponía en una nueva reforma económica no tenían credibilidad, precisamente porque el problema principal de la economía yugoslava residía en sus lazos con el Partido; cada vez eran más quienes pensaban que no habría mejora económica si no soltaba de sus garras el sistema productivo.

Si a finales de los 70 la situación económica era grave, Yugoslavia, que había perdido no solo a Tito, sino a la dirección de la vieja guardia partisana, entró en una fase de divisiones entre los partidos de cada república, que alcanzaron el punto de no retorno: estaban teniendo lugar disturbios étnicos entre los albaneses de Kosovo; inesperadamente, los eslovenos comenzaron a oponerse a las políticas de Belgrado y a exigir más libertades personales y una mayor autonomía; las huelgas de trabajadores se hicieron comunes a finales de los 80; los intelectuales lo cuestionaban todo, incluyendo a Tito, su legado, la legitimidad del sistema e incluso la conveniencia y la legalidad del propio Estado yugoslavo. A la dirección del Partido, sin embargo, en sus Congresos de 1982 y 1986, y en numerosas conferencias y reuniones, le bastaba con identificar, analizar y discutir

los problemas. Pero las verdaderas diferencias de opinión se producían entre las diversas repúblicas que formaban Yugoslavia.

Ha sido comúnmente aceptado, con buenas razones se podría decir, que los serbios han sido la nación gobernante del país desde 1918. Pero en la última década, después de las reformas descentralizadoras que se habían llevado a la práctica, los serbios estaban tratando cada vez más de presentarse como las víctimas de las dos Yugoslavias, la monárquica y la comunista. Mientras Tito estaba vivo, dicho pensamiento era aún marginal. En los últimos años, sin embargo, este punto de vista serbio se hizo mayoritario en la república, primero entre los intelectuales y después en el Partido. Su objetivo inmediato fue la Constitución de 1974, que los serbios consideraban el resultado de una «coalición antis Serbia» fomentada por Tito y Kardelj.

La principal preocupación serbia en los años 80 fue la creciente autonomía de sus dos provincias autónomas, Kosovo y Vojvodina, que a sus ojos se estaban alejando del control de la república de Serbia. Como resultado, el primer objetivo de los serbios fue conseguir el control de las provincias autónomas y, en segundo lugar, recentralizar todo el país. El problema de las provincias autónomas se hizo especialmente grave con la erupción de las manifestaciones albanesas en Kosovo en la primavera de 1981. La crisis de Kosovo, la primera en manifestarse, ha sido la última en cerrarse; de hecho, aún no se ha cerrado del todo, y abrió un dilema de primer grado en Serbia y en el país en su conjunto, una alarma que todavía está muy viva.

Kosovo se convirtió en el punto central del revanchismo serbio y también dio oportunidad a sus líderes de cambiar los métodos del juego político en el país. Mientras en el pasado los problemas políticos se intentaban resolver en los foros del Partido, la más reciente dirección serbia, encabezada por Slobodan Milosevic, llevó la lucha por Serbia a las masas. Esta lucha, sin embargo, ha sido vista por los no serbios como el resurgimiento de la determinación serbia de reforzar su control sobre todo el país una vez más. En 1987, Milosevic eliminó una dirección más liberal, incluidos sus propios protegidos, controló los medios y dejó fuera de la escena a todos aquellos que estaban en desacuerdo con sus objetivos y sus métodos. Fue en la reunión masiva de Kosovo de abril de 1987 cuando su estrella empezó a brillar.

Pero no es nuestro propósito estudiar aquí el neonacionalismo serbio, que se manifestaría plenamente en las guerras balcánicas de la década de los 90, que acabaron con el Estado yugoslavo. Nos vamos a limitar a apuntar lo que en estos años ocurrió en Croacia, por mucho que el empeoramiento de las relaciones intranacionales en Yugoslavia afectase a todas sus repúblicas.

Como resultado de las persecuciones que siguieron al aplastamiento del movimiento nacional a fines de 1971, Croacia estuvo relativamente tranquila. Los

principales intelectuales fueron silenciados, los conservadores tomaron el control de la dirección del Partido y las principales instituciones culturales vieron limitada su actividad o fueron cerradas. El silencio, el resentimiento y la resignación cayeron sobre Croacia. Pero mientras por algún tiempo las voces nacionales croatas fueron acalladas, parece que en la segunda mitad de los 80 el silencio se convirtió en parte de la estrategia nacional; mientras otros estaban habiéndose las con Belgrado, los croatas no quisieron unirse a la batalla. El sentimiento era: dejemos que se enfrenten con los serbios para que haya un cambio. Varias razones estimularon esta actitud en Croacia. El nacionalismo croata había sido tradicionalmente tratado mucho más duramente que otros nacionalismos en el país, y había miedo de renovadas persecuciones. Las fuerzas nacionales croatas estaban desunidas y no había una personalidad que pudiera ser considerada como una voz nacional alrededor de la cual se pudieran reunir las diferentes fuerzas. La desconfianza entre la dirección del Partido y otros elementos de la sociedad, especialmente los intelectuales, no había sido superada. Y por más que los líderes conservadores del Partido posteriores a Karadjorjevo habían sido expulsados del poder por los cuadros más jóvenes, el liderazgo del Partido en Croacia nunca consiguió un mínimo de legitimidad como para tener autoconfianza y ser considerado un liderazgo nacional. Además, el mismo Partido en Croacia se dividió entre un ala cautelosamente liberal, con voluntad de favorecer una mayor liberalización de la sociedad y la economía, y otra que apoyaba el *statu quo* y el legado de Tito. Más aún, uno de los hombres más resentidos dentro del Partido en Croacia, Stipe Suvar, se convirtió en el jefe de la LCY contra los deseos del Partido en su propia república. Fue enviado a Belgrado como representante de la república simplemente para que dejara Zagreb, pero con la ayuda de los centralistas se convirtió en cabeza del Partido. Así, ha sido considerado en Croacia más una amenaza que una ayuda. Tanto él como Branko Mikulic, el jefe de Estado, representan el *statu quo* en el país y se oponen a cualquier cambio en el sistema o en las relaciones federales. Pero es dudoso que dichos abogados de la balanza del miedo sean capaces de sacar al país de la crisis presente.

Actualmente [recuérdese: 1988] en Croacia, hay cada vez más voces críticas del sistema, así como exigencias en favor del pluralismo político y de la economía libre; están yendo adelante luchas en favor de diversos derechos humanos y nacionales; buen número de croatas están enfrentados con el régimen y algunos han encontrado «asilo» en Eslovenia; y la prensa está siendo cada vez más abierta en su apoyo a una plataforma política similar a la eslovena. Su objetivo, la soberanía nacional, ha estado claro durante largo tiempo, pero todavía no hay en Croacia una dirección con un programa nacional claro que consiga este objetivo. Su actual posición defensiva es vista por algunos como la única elección lógica dado que las actividades nacionalistas croatas han sido tratadas de forma muy

diferente que las de Serbia o Eslovenia. Muy probablemente se considerarían una vez más como un «reaccionarismo croata innato» que sería aplastado por la fuerza. Así, la actitud de los nacionalistas en el momento actual parece ser la de «esperar y ver».

Debido a las fechas en que fue escrito, Cuvalo no pudo manejar los archivos yugoslavos, serbios o croatas. La bibliografía en que se basa es amplia, fundamentalmente en croata y en inglés; pero hay un libro italiano sobre el asunto Mihailov que echo en falta: es el de Nicola Kolac, *La Jugoslavia comunista. Fra il dissenso dell'intelligenza e il diritto de Stato della Croacia*, Venecia, Centro di studi storici croati, 1979.

A pesar de las diferencias en su enfoque inicial, los libros de Schäuble y Schellenberg tienen evidentes puntos de coincidencia, porque la antropóloga Schäuble, después de presentar su estudio local —la pequeña ciudad dalmata de Sinj, con su tradicional torneo de caballeros, el Alka, y su patrona la Virgen de Sinj, Gospa Sinjska—, se abre metodológicamente a la historia y a las diversas ciencias humanas y sociales, intentando comprender la Guerra de Liberación (*Homeland War*) croata de 1990-1995 y el futuro de la nueva nación a la luz también de los estudios de memoria que son el centro de la obra de Schellenberg.

Sinj, afirma la autora, «es ampliamente conocida como un bastión católico y como el corazón del nacionalismo croata» (p. 36). Ambos son rasgos de los que muchos croatas urbanos y liberales buscan distanciarse y disociarse. Pero lo primero es localizar a Sinj y explicar el origen de sus tradiciones civiles y religiosas. La fortaleza medieval de Sinj, capital de la Dalmatinska Zagora, un pequeño territorio kárstico regado por el río Cetina entre las montañas dináricas y la frontera, también montañosa, de Dalmacia con Herzegovina, habitada desde tiempos prehistóricos, fue objeto de incesantes disputas desde mediados del siglo XV. En 1524, los turcos, que atacaban continuamente el distrito de Cetina, conquistaron la fortaleza de Sinj, que desde entonces formó parte del imperio Otomano. Como en otros territorios ocupados por los turcos, la vida de los *raja* —los cristianos sometidos— era dura. Además, la conquista turca de Klis (1537) y la creación allí de un *sanjak* —unidad administrativa— turco convirtió en un puesto de comercio insignificante lo que había sido una importante ruta desde Bosnia hasta la costa Adriática.

La derrota en 1683 de una fuerza expedicionaria turca ante las murallas de Viena fue la señal para la revuelta en otras regiones limítrofes del Imperio Otomano. Reuniendo a la Liga Santa contra los turcos, Venecia resolvió reforzarse contra la expansión otomana en Dalmacia y, debido a su importancia en la frontera septentrional del territorio cristiano, el primer objetivo para su liberación fue Sinj.

En 1686 la fortaleza formó parte de nuevo de la República de Venecia y fue equipada como el mayor baluarte en las guerras turco-venecianas. A pesar del tratado de Karlowitz, que supuso el final oficial del conflicto en 1699 y de la cesión de las fortalezas previamente controladas por los turcos en Dalmacia, las tropas otomanas continuaban enviando fuerzas al distrito de Cetina. En 1715, el ejército turco, dirigido por Mehmed Pasha, Gran Visir del Imperio Otomano, atacó Sinj, pero, a pesar de ser grandemente sobrepasados en número por las fuerzas turcas, los habitantes de Sinj se negaron a rendirse y derrotaron a los turcos, que pusieron fin a sus ataques.

La caída de la república veneciana en 1797 terminaba, sin embargo, con el control administrativo veneciano en Dalmacia, y, desde ese momento, las tropas austríacas hicieron su aparición, solo interrumpida por la presencia francesa después de la batalla de Austerlitz (1805). Desde ese momento, Dalmacia estuvo bajo el control francés, un periodo que contribuyó ampliamente al despertar nacional croata; pero tras la caída de Napoleón, el ejército austriaco se anexionó Dalmacia por segunda vez, ahora subsumiendo tanto a Croacia como a Dalmacia dentro del Imperio de los Habsburgo, con Croacia dependiente de Hungría y Dalmacia de Austria.

La tradición por antonomasia de Sinj es el Alka, la forma de celebrar y conmemorar la victoria de la Cetinska Krajina contra los turcos en 1715. Establecieron un juego caballeresco llamado el *Sinjska Alka*, o Alka de Sinj, que se celebró por primera vez en 1717 y que no ha dejado de hacerlo desde entonces en el primer fin de semana de agosto. Es verdad que, en el curso de la larga historia del Alka, cada autoridad o poder respectivos han querido explotar el torneo para sus propósitos particulares; pero el Alka, sin embargo, no se ha alineado directamente con ningún gobierno o sistema político, aunque la fecha se ha modificado en ocasiones para garantizar la longevidad del torneo. Tito siempre reconoció la importancia del torneo como un activo cultural común a Yugoslavia, en 1954 fue declarado ciudadano honorario de Sinj y a su muerte fueron los miembros del Alka quienes actuaron como guardia de honor en su funeral el 5 de mayo de 1980. Los principales políticos croatas después de 1990 se hicieron ver o recordar en el Alka.

El primer estatuto del Alka, de 1833, fue escrito en italiano y después traducido al croata. Recoge instrucciones detalladas sobre el orden y las reglas del torneo y prescribe el tipo de armas que cada caballero (*alkar*, pl. *alkari*) y cada señor (*momak*, pl. *momci*) debe llevar. La *Vitesko Alkarsko Drustvo* (VAD), la Asociación del Torneo Caballeresco de Alka, establece el estatuto y se ocupa cuidadosamente de que cada participante cumpla las reglas. El estatuto actual, vigente desde la independencia de Croacia de 1991, deriva directamente de las reglas originales con cambios mínimos.

A primera vista, el torneo es una cuestión de caballeros vestidos con trajes tradicionales ricamente decorados montando a caballo. A pleno galope, los caballeros intentan alcanzar un anillo de hierro (*alka*) que cuelga de una cuerda alrededor de un circuito con una lanza de tres metros de largo. El estatuto indica que sólo los hombres nacidos en Sinjska Krajina —Sinj y los pueblos que la rodean— pueden ser elegidos para participar en el torneo, lo que asegura el patriotismo local y la integración local del acontecimiento. Como una interpretación figurativa de la virtud, el coraje y la fuerza militar, también pretende demostrar la capacidad para el combate y ello incluye ciertamente un alarde de rivalidad y masculinidad. El Alka puede así ser visto como algo que permite a los hombres un modo de demostrar públicamente que son capaces de proteger a sus familias —y a toda la comunidad— de las amenazas. Un espíritu luchador, la pugnacidad y la disciplina, tal como se demuestran en el Alka, están muy ligados a los conceptos de masculinidad y a la afirmación de la hombría en general, y juegan un papel crucial en la (re)construcción de la identidad masculina en la Croacia de posguerra. El Alka es una contienda para, y una manifestación, de excelencia masculina. Ganar el torneo es considerado el mayor honor posible para un hombre de Sinj. En 2010 el Alka fue declarado por la UNESCO Patrimonio Cultural Inmaterial; y en julio de 2013, por el ingreso de Croacia en la Unión Europea, *alkari* y *momci* desfilaron por Bruselas, aunque no llegó a celebrarse el torneo porque el estatuto impedía hacerlo en una pista que no fuera la de Sinj.

El Alka es la mejor manifestación de las virtudes que se atribuyen a la gente de Sinj. «Cuando le dije a una colega, escribe Schäuble, que finalmente había decidido hacer mi trabajo de campo en Sinj, se mostró bastante preocupada y dijo: “Quiero que sepas que nosotros no somos todos como la gente de aquí. Tienes que asegurarte de contextualizar el lugar. En Sinj son todos guerreros y deseosos de defender lo que ellos creen que es Croacia. Incluso yo personalmente no sé qué quieren decir”. Y aunque ella inmediatamente se mostró ligeramente avergonzada por su propia preocupación de que Croacia podría no ser tratada “adecuadamente” en mi escrito, su reacción fue bastante sintomática. Cuando terminé mi trabajo de campo, otras amistades de Zagreb se preguntaban abiertamente cómo había conseguido permanecer años en Sinj sin haber sido recibida a punta de pistola. Los prejuicios sobre la gente de allí como áspera, crédula, perezosa e inclinada a la violencia parecen ser persistentes. La gente de la Dalmatinska Zagora todavía es percibida como unos temibles montañeses inclinados al tradicionalismo reaccionario, con una clara disposición para la guerra. Frecuentemente son, bien ridiculizados, bien temidos a esta luz por los croatas de clase media urbana. Ciertamente, la subsistencia en el *hinterland* dalmata parece una forma de vida bastante idiosincrática para los estándares de la Croacia actual».

Basten estos párrafos para entender el Alka y los valores de la gente de Sinj. Pero hay un segundo elemento fundamental a la hora de entender la tradición de Sinj y sus alrededores. «Sinj es el Alka y la Gospa (la Virgen María)». Esta máxima, ampliamente empleada, explica que, junto al torneo del Alka, la institución más respetada en Sinj sea la «Svetiste Cudotvorne Gospe Sinjske», el Santuario de Nuestra Señora de los Milagros de Sinj, a la que, entre otras cosas, se atribuye la histórica victoria sobre los turcos. Como un lugar de peregrinación bien conocido en toda la región, Sinj atrae anualmente a cientos de miles de peregrinos, sobre todo el día de su fiesta, la Asunción. En 2005, con motivo de la festividad de la Virgen el día de la Asunción, la población de Sinj pasó de sus habituales 20 000 personas a las 360 000, procedentes no sólo de la comarca, sino también de Bosnia y del extranjero (incluidos croatas que viven en Europa o en América).

A propósito de la condición católica de Croacia, fue el papa León X, y no, como cree Schäuble, el fruto de una tradición que procede de las cruzadas, el que dio a Croacia el título de «Antemurale Christianitatis», Baluarte de la Cristiandad.

Quienes «administran la creencia» en la *Gospa Sinjka* son los franciscanos, la orden religiosa más extendida e influyente en la Croacia actual. Los habitantes de Dalmacia y la Orden Franciscana han estado estrechamente ligados durante siglos. Ya en 1357 el papa Inocencio IV permitió al Conde Nelipic de Sinj que construyera una iglesia franciscana en la Cetinska Krajina. Desde entonces, numerosos franciscanos emigraron de la cercana Bosnia central a Sinj y las áreas de alrededor hasta 1536, cuando los otomanos conquistaron esta parte de Dalmacia y comenzaron a perseguir a la población católica. A diferencia de Bosnia, en Dalmacia la Iglesia Católica se convirtió virtualmente en una Iglesia de las catacumbas, especialmente en el siglo XVI. Los otomanos toleraron a la Iglesia Católica mucho menos que a la Iglesia Ortodoxa Serbia.

Alrededor de 1687 muchos católicos se vieron obligados a huir de Bosnia y a reasentarse en el hinterland dalmata, un área que pertenecía entonces a la República de Venecia. En dichos acontecimientos jugaron un papel decisivo los monjes franciscanos del monasterio de Rama, que también lo habían abandonado. La noticia se extendió a través de Bosnia y fueron muchos los grupos que huyeron a otros distritos. Los refugiados, en su gran mayoría croatas, se asentaron en áreas poco pobladas del hinterland dalmata, contribuyendo así a su composición étnica actual.

Los franciscanos han tenido tradicionalmente lazos muy estrechos con la población local. En el caso de Dalmacia y de la cercana Herzegovina, la mayor parte de los frailes administran parroquias en la región de donde proceden y están muy ligados a su suelo natal. En contraste con los curas diocesanos, los

franciscanos en la Dalmacia rural y en Herzegovina a menudo crecieron en parroquias en las que servían y conocían personalmente a muchos miembros de la congregación. Su lenguaje es el de la población rural y son conocidos por su fuerte sentido regionalista y nacional, atributos que les ganaban también la reputación de desafiar sistemáticamente a la autoridad episcopal.

El Nobel serbio Ivo Andric escribió, a propósito de los monasterios franciscanos de Bosnia, que, «a lo largo de los siglos de gobierno turco constituyeron una especie de acumulador de energía popular, y los monjes gozaban de la simpatía y el respeto del pueblo mucho más que el clero diocesano», y lo mismo puede decirse de los monasterios franciscanos de Dalmacia. Un joven fraile me contó en Sinj, afirma la autora, que los franciscanos fueron particularmente populares entre la población porque permanecieron allí durante la Guerra Patriótica y nunca dejaron detrás a la población. Su cercanía a la población rural se refleja también en sus sistemas de creencia y prácticas religiosas, donde la devoción mariana juega un papel crucial.

En la larga historia militar de la región, los franciscanos destacaron no solo como fieros guardianes de la fe católica, sino también como abogados de una tierra patria croata católica. Casi no hace falta decir, por tanto, que los franciscanos se opusieron a la incorporación de Croacia al Estado yugoslavo multiétnico y multirreligioso después de la Segunda Guerra Mundial. Constituyeron una sólida fuerza anticomunista a nivel local que, a su vez, era contrarrestada con duras represalias tanto de carácter ideológico como económico. «En el curso de mi trabajo de campo —escribe Schäuble— he escuchado frecuentemente historias de frailes y/o de sus familias que padecieron una discriminación sistemática en la RSFY. Considerados como cabecillas de movimientos subversivos por las autoridades comunistas, muchos franciscanos fueron enviados a cárceles o campos de trabajo, y algunos de ellos fueron también torturados. Como consecuencia, fueron considerados, por muchos, mártires políticos».

Mientras la rama croata de la Iglesia Católica siguió durante largo tiempo una política de no interferencia en los asuntos políticos domésticos de Yugoslavia, y algunos de los obispos incluso colaboraron con el régimen —afirmación con la que los historiadores de la Iglesia no están de acuerdo—, los franciscanos siempre se opusieron inequívocamente a la estructura política. Su posicionamiento nacionalista impertérrito y la consiguiente persecución resonaron con una convicción de persecución sentida también por muchos «creyentes comunes», fortaleciendo así los lazos de los franciscanos con la población local, especialmente con los campesinos y pastores nacionalistas y rebeldes de los pequeños pueblos.

«Los franciscanos son los portadores y guardianes de nuestra historia y de nuestra tradición. Si no fuera por ellos habríamos olvidado quiénes somos», me dijo uno de mis interlocutores», recuerda la autora. Este comentario refleja



una estrecha afinidad entre el pueblo y el clero e ilustra el que los frailes actúan como modelos y como representantes de los laicos. Como consejeros religiosos y frecuentes abogados de movimientos nacionalistas han tenido un efecto significativo sobre la formación de la identidad etno-religiosa en Croacia. Debido a su acceso a la educación superior y a la alfabetización, son considerados los «portadores y guardianes de la historia y de la tradición» y se espera de ellos que preserven la memoria cultural del pueblo croata.

La autora estudia también a la Virgen María en su advocación de *Kraljica Hrvata*, Reina de los Croatas, y lo hace en relación con la difícil historia política de Croacia. Habla del arzobispo Stepinac de Zagreb —declarado beato por Juan Pablo II— y de su esfuerzo por establecer en la región de Zagora un santuario mariano, Marija Bistrica, en los años controvertidos del fascista NDH (Estado Independiente de Croacia) de Pavelic. Se refiere también a la «Primavera croata» y a los intentos del entonces arzobispo de Zagreb, Franjo Kuharic, de resucitar el santuario católico nacional croata de Marija Bistrica, porque «las naciones pequeñas y oprimidas rinden culto a María con una extraordinaria piedad»; como consecuencia, fue la Conferencia Episcopal Yugoslava, en 1971, quien emprendió la movilización de los croatas bajo la tutela de la Virgen María, Reina de los Croatas. También en 1971, se celebró en Sinj un Congreso Mariano bajo el eslogan «Dejemos a nuestro pueblo que no pierda su identidad», y la Iglesia Católica obviamente sentía que era su obligación ayudar a la formación de una nación croata y a la puesta en práctica de una identidad croata común. La historia sigue con nuevas apariciones marianas como las muy conocidas de Medugorje en 1981, en la Herzegovina occidental, o las muy poco conocidas de Gala (1983), una aldea a siete kilómetros de Sinj. Tampoco olvida la autora lo que llama «la tendencia a marcar el territorio como croata consagrando y simbólicamente poniendo la tierra bajo la protección de la Virgen, especialmente en aquellas áreas controvertidas como la “Krajina”, las fronteras entre Croacia y Bosnia y las serbocroatas y en regiones con una mayoría étnica croata como Herzegovina». No es ciertamente una coincidencia que un santuario mariano de importancia esté localizado en cada una de esas áreas controvertidas: Nuestra Señora de Biskupija, en la «Krajina», a sólo cinco kilómetros de Knin, o los santuarios de Sinj y de Siroki Brijeg, en la región fronteriza entre Croacia y Bosnia, y el de Aljmas, cercano a la frontera entre Croacia y Serbia. Lo que queda sujeto a diversas interpretaciones es la razón de este fenómeno: ¿es una manipulación de la religión por motivos nacionalistas, como parece pensar la autora o, simplemente, de una manifestación más de la religiosidad de los croatas? Tampoco se puede olvidar que en la nueva Croacia se prohibió por referéndum el matrimonio homosexual.

El estudio de Michaela Schäuble es de una ambición y de un interés intelectual extraordinarios: trata, como ya hemos comentado, de la memoria, con

una especial atención al movimiento de exhumación de los cuerpos sacrificados en la II Guerra Mundial y durante el régimen de Tito; se interesa por las cuestiones de género y por cómo en la Croacia reciente se representa el papel del varón y la mujer, estudiando los puntos de vista más habituales y las excepciones a la regla; en varias ocasiones se plantea los pros y los contras que los croatas de distinta procedencia e ideología vieron en el ingreso de su país en la Unión Europea, que tuvo lugar por fin, después del consiguiente referéndum, el año 2013; estudia con detenimiento y sensibilidad el fenómeno de los *branitelji* —veteranos de guerra—, que fueron uno de los caballos de batalla de la política croata posterior a 1995; estudia la intervención en Croacia del ICTY —Tribunal Criminal Internacional para la antigua Yugoslavia, con sede en La Haya—, que juzgó y condenó a varios generales croatas que tenían el apoyo de muchos de sus compatriotas, especialmente de la región de Sinj, a pesar de que fueron probados sus crímenes; trata de la nueva relación que se plantea en los últimos años entre Croacia —y más concretamente Dalmacia e Istria— y el mar Mediterráneo, lo que no excluye otras vinculaciones geográficas; hace notar las diferencias regionales entre el sur y el norte de Croacia. En fin, como señala en el título, explica el patriotismo croata y, en particular, dalmata, por una combinación de victimismo (*victimhood*) y orgullo. Todo ello, con un dominio de la teoría y de la bibliografía sobre los diversos temas antropológicos y de las comparaciones nacionales sorprendente. Sin embargo, su dominio de las lenguas europeas occidentales no se extiende a las orientales: en bastantes momentos reconoce que tiene que ser ayudada para entender el croata, y en su amplia bibliografía no se encuentra ningún libro en croata. A mi modo de ver, es un déficit muy importante para una antropóloga que, como veremos, no tiene Schellenberg.

El libro de la profesora Schellenberg trata de la memoria de la «guerra patriótica» (*Homeland war*) de Croacia frente a Serbia —que todavía representaba a Yugoslavia—, que comenzó en 1991 y concluyó en agosto de 1995 con la «operación Oluja» (*Tormenta*), que permitió a las fuerzas armadas croatas recuperar el territorio que se había perdido al comienzo del conflicto en torno a la ciudad de Knin.

La obra tiene por objeto específico estudiar la cultura de conmemoración de la guerra que emergió en una de las más jóvenes naciones europeas —por antiguas que fueran sus raíces—, todavía hoy el Estado miembro más reciente —ingresó en 2013— de la Unión Europea, Croacia, que forjó su identidad nacional en el conflicto civil que se propagó entre 1991 y 1995 y llevó finalmente a su independencia real, no solo proclamada, de Yugoslavia.

Desde el punto de vista metodológico, *Commemorating Conflict* se vale de las aproximaciones más recientes en museología y estudios de la memoria tanto en la Europa central como en los Balcanes. La circunstancia de que la autora del

libro creciera y estudiara en la antigua Yugoslavia permite al lector occidental disponer por primera vez para este asunto de fuentes primarias y secundarias en croata traducidas.

Renata Schellenberg organiza su libro en tres capítulos: el primero, dedicado a los museos conmemorativos, monumentos y memoriales que en Croacia se crearon después de la guerra, y que son todos «lugares de la memoria» (p. 13); el segundo, fruto de la decisión de 2013 del ayuntamiento de Vukovar de votar en favor de la designación de esta ciudad croata particularmente víctima de la guerra como *mjesto posebnog pijeteta*, un lugar de especial piedad (p. 59), un «Onus of Memory», como dice el título del capítulo; el tercero y último estudia el corpus literario aparecido en Croacia como resultado de la guerra, «que buscaba articular y documentar la experiencia del conflicto para el público lector de la posguerra, la llamada *Literatura Domovinskog Rata*» (p. 111) (literatura de la guerra patriótica).

En su introducción la autora recuerda que «la duración, el simbolismo y la aparentemente incuestionable victoria de la operación *Oluja* fue de mucha utilidad para las agendas nacionalistas de los políticos croatas, quienes de buena gana citaban su significado para la nación, utilizándola para consolidar la narrativa heroica de la Guerra Patriótica como una guerra para la autodeterminación y liberación de Croacia» (p. 3). Se organizaron acontecimientos públicos para corroborar la narrativa de Estado de la honorable conducta de Croacia durante la guerra.

La transcendencia de la ofensiva *Oluja* fue puesta por escrito y definida en una declaración del Parlamento croata de 2006. Lo que el Gobierno croata no reconoció en este foro democrático público fueron las muchas transgresiones que ocurrieron durante la operación «Tormenta» por parte del ejército croata, una cuestión que sigue siendo un tema disputado hasta hoy. Hubo muchas represalias y episodios de violencia injustificada durante dicha ofensiva militar, actos que incluían limpieza étnica, saqueos y otras formas de hostilidad hacia la minoritaria población serbia. Tales incidentes estuvieron completamente ausentes de la narrativa gubernamental y se omitieron en los análisis oficiales de la batalla y en los reportajes de los medios patrióticos que divulgaban la información al pueblo de Croacia.

Sin embargo, los observadores internacionales investigaron las quejas para determinar si de hecho se habían cometido crímenes contra la población serbia. Como consecuencia de esta investigación, en 2001 el ICTY acusó a tres militares croatas de crímenes contra la humanidad y de violaciones de las leyes y costumbres de guerra, capturándolos y llevándolos a La Haya para ser juzgados. Aunque los tres fueron absueltos de dichos delitos, la acusación del ICTY mostró que aquella ofensiva fue una empresa militar discutible, que no podía percibirse como

enteramente inocente desde el punto de vista moral. Aunque muchos croatas defendían y alababan a los militares acusados y condenados, Croacia tuvo que aceptar una interpretación mucho más matizada de su conducta bélica y que justificar lo que había ocurrido durante la operación: algo que se produjo gradualmente, ya que estaba bajo presión de la Unión Europea, que retrasaba la condición de Estado miembro al país mientras los crímenes de guerra no fuesen reconocidos y perseguidos. Es verdad que la retórica oficial reciente en Croacia ha cambiado algo para así incluir una comprensión más conciliadora de dichos acontecimientos históricos y que las más recientes narrativas reconocen de hecho las malas acciones debidas a oficiales y soldados concretos en la mencionada operación militar. Sin embargo, como las celebraciones de 2015 en Zagreb han indicado sin rodeos, la conmemoración pública de *Oluja* es abrumadoramente unilateral y sigue siendo vista por la sociedad a una luz claramente acrítica y gloriosa. Se puede mantener que la elección de esta interpretación no es accidental, sino que está cuidadosamente dirigida por los responsables, que usan la memoria para diseñar una narrativa nacional hegemónica y crear un sentido de pertenencia (pp. 4-6).

En su introducción la autora se refiere también a algunos problemas de gran importancia en la historia de Croacia. El primero, que su libro no trata, es el de las posibles discusiones sobre la nostalgia, *Ostalgia* o *Yugonostalgia*. Al menos oficialmente, apenas existe hoy un sentimiento positivo cuando se recuerda el pasado comunista en Croacia, porque dicho período histórico supuso una pérdida de soberanía para el país. Las narraciones oficiales no ven el pasado yugoslavo como un hecho positivo, recordándolo más bien como un tiempo de opresión y sufrimiento. La relación de Croacia con su pasado yugoslavo es ambivalente y a menudo hostil, a diferencia de muchos otros antiguos estados yugoslavos, y en particular de Serbia, en los que se produjo una amplia «comercialización» del pasado socialista. También es problemática la nostalgia de la Croacia pre-comunista —no preyugoslava, como afirma la autora—, porque asocia al país con «los regímenes fascistas y ultranacionalistas» (p. 11) durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Croacia fue un Estado independiente aliado de la Alemania nazi, el llamado Estado Independiente de Croacia (NDH).

En este punto es donde encuentro la mayor debilidad del libro, que en cierto modo reconoce Schellenberg cuando afirma que «esta monografía no es el mejor lugar para explicar en detalle las muchas complejidades de esta historia» (p. 89); sin embargo, no es mi propósito cubrir aquí esa debilidad, básicamente por razones de espacio.

El primer capítulo trata, como decíamos, de los museos y de los complejos memoriales en la Croacia posterior a 1995. La autora estudia el museo sobre la guerra patriótica de Karlovac, en el suburbio meridional de Turanj y asociado al

Museo central de la Ciudad, que despliega una desorganizada colección de armamento; dicha colección, sin embargo, por razones históricas, tenía un importante significado memorial: la región tuvo desde el siglo XVI una misión militar que no solo recordaba la larga historia de Croacia, sino también su necesidad de defensa —de Croacia y de Europa en su conjunto— frente al Imperio Otomano. Por otra parte, la relevancia del museo de Turanj contrasta con el abandono de Petrova Gora, un complejo memorial de la Segunda Guerra Mundial que recordaba la existencia de un hospital partisano que los escolares visitaban todos los años y que fue muy popular en vida de Tito. Se hace una referencia también al caso del memorial *Zid Boli* o «Muro de Pena» de Zagreb, erigido de forma espontánea en 1993 y en el que los nombres de los muertos están inscritos en ladrillos rojos y negros, formando así un muro iluminado por candelas en el que la gente puede reunirse para reflexionar sobre la guerra.

Otros complejos memoriales destinados a recordar a las víctimas croatas de la guerra patriótica existen en Dubrovnik y en Vukovar. En la antigua Ragusa, el museo está situado en Srd, una montaña desde la que se ve toda la ciudad y que se puede ver desde todos los ángulos de la misma. El museo es parte de la Fortaleza Imperial, erigida a comienzos del siglo XIX por el ejército francés como medio de defensa contra el Imperio Otomano y otras amenazas del Este. Durante la guerra patriótica el área fue atacada por el ejército federal yugoslavo (JNA) y el ejército croata le dio a la fortaleza un uso militar por primera vez desde su construcción. El asedio de Dubrovnik duró siete meses entre 1991 y 1992, durante los cuales la ciudad fue atacada por tierra y por mar, a pesar de que no tenía un valor estratégico militar, por un ejército mucho mayor; el 6 de diciembre de 1991 tuvo lugar en Srd una batalla clave, en la que el ejército yugoslavo fue derrotado y tuvo que retirarse, que se celebra hasta hoy.

El Museo de la Guerra Patriótica en Srd se estableció formalmente en 2008. Hay otros monumentos más pequeños dispersos en el paisaje que recuerdan las vidas de defensores individuales que murieron durante la lucha. En el Museo hay muchas fotografías dramáticas que documentan el bombardeo de la ciudad y los daños que sufrieron como consecuencia sus bellos edificios. Sus curadores, no obstante, mantienen tensiones con los responsables de la asociación de museos de Dubrovnik (D'UM). También hay problemas para el mantenimiento de la función memorial de la ciudad debido a su importancia como destino turístico internacional.

Por otro lado, en la propia ciudad hay otros monumentos diferentes que rinden tributo a los defensores del asedio. Así, la «Calle de los Defensores de Dubrovnik», en Ploce; las muchas placas que dan noticia de los daños que causó el bombardeo en los edificios del Casco Viejo; y, en fin, «La Habitación de la Memoria de los Defensores Caídos», situada en el centro de la ciudad histórica

y que honra a los caídos mediante una simple combinación de retratos y de placas con sus nombres y edades.

Por último, en este capítulo Schellenberg se refiere a Vukovar, porque en esta ciudad también existen lugares de la memoria. La batalla de Vukovar fue clave en esta guerra, duró tres meses y concluyó con la devastación más completa. Dos circunstancias contribuyen a entender la situación: Vukovar está en la misma frontera de Croacia con Serbia, lo que hizo de ella territorio disputado desde el comienzo del conflicto; su población de anteguerra, ya mezclada étnicamente, se convirtió en el objetivo del más virulento nacionalismo, fracturó la sociedad civil y creó profundas divisiones entre croatas y serbios. Después de ser duramente bombardeada y devastada, Vukovar se rindió a las fuerzas yugoslavas y fue sometida a una completa limpieza étnica: todos los croatas fueron expulsados el 18 de noviembre de 1991 de la ciudad, que solo volvió a manos croatas en 1998 a través de negociaciones políticas, tres años después de que el conflicto concluyera.

Dos edificios inconfundiblemente marcados por la guerra fueron la torre del agua y el hospital civil, que en 2006 fue designado como espacio oficial de memoria y que desde entonces ha funcionado como un museo público en el que se ha pretendido recordar al visitante las pérdidas humanas allí sufridas durante el asedio a base de maniqués y recordando todos los nombres de los soldados croatas y del personal sanitario que murieron cuando el hospital se rindió en 1991.

Lo que allí pasó sirve como preámbulo desgraciado de lo que ocurrió después de la rendición: a pesar de que la Cruz Roja intentó intervenir, el ejército yugoslavo acabó entrando en el hospital y separando a los croatas de los no croatas. A continuación, 260 croatas fueron sacados del hospital y asesinados en Ovcara, un pequeño pueblo en las afueras de la ciudad. Aunque estos crímenes de guerra fueron juzgados por el ICTY, no se ha hecho lo suficiente para aliviar los fuertes sentimientos nacionales de dolor causados por ellos, y la masacre de Ovcara sigue siendo entendida por los croatas como una tragedia nacional y como un acontecimiento central de la guerra patriótica.

El centro memorial construido en Ovcara tiene la responsabilidad de comunicar la importancia de este trágico recuerdo nacional al conjunto del público. Su popularidad es indiscutible —más de medio millón de personas habían pasado por allí en 2016 desde que se inauguró en 2006—. Lo que se enseña son cientos de objetos cotidianos que pertenecían a las víctimas, unidos a ellas mediante fotografías. Es indudable que el objetivo de servir a la memoria nacional croata está conseguido, pero lo que el centro parece no conseguir es una visión imparcial de esta exposición histórica; solo los recuerdos de los croatas están presentes.

La autora se refiere también a la exhibición de fotografía de la guerra patriótica expuesta en 2015 en el Museo de Historia de Croacia de Zagreb. Se quería con ella, afirma, ofrecer una conmemoración histórica de la guerra; pero siempre desde la perspectiva croata: se trataba de poner de relieve la identidad creativa nacional y por ello se optó por exhibir únicamente imágenes de fotógrafos croatas, excluyendo la labor de la prensa extranjera y de los fotógrafos no croatas. El resultado de dicha opción es que faltan algunas de las más llamativas imágenes de la guerra y entre ellas todas las relativas al asedio de Vukovar en 1991.

El capítulo 2, dedicado a la memoria de Vukovar, es el que más ahonda en la polémica identidad de Croacia, debido sobre todo a lo que la autora denomina «el legado de la II Guerra Mundial»: «a pesar del paso del tiempo, los acontecimientos de dicho periodo son frecuentemente citados por los ciudadanos croatas para explicar los acontecimientos políticos actuales» (pp. 88-89). Tampoco me referiré a dichos acontecimientos, por ser sobradamente conocidos y por razones de espacio.

El problema es más acuciante en Vukovar y en la región de Srijem, de la que es capital. Toda ella había sido un territorio multiétnico desde el gobierno de la monarquía de los Habsburgo, cuando minorías de muchas de sus regiones coexistían pacíficamente en él, unidas por la oposición al Imperio otomano. Esto cambió de forma dramática durante la Segunda Guerra Mundial: nazis y «ustashas» colaboraron en la persecución de la población serbia y judía de la región, algo que, como era de esperar, la población serbia de Srijem recuerda hasta hoy, hasta el punto de que entre ellos persiste la jerga de la guerra, que se refería a los croatas como los «ustashas», terminología que designaba a los croatas en su papel de partido colaborador de los nazis más que como una etnia particular.

Este es un ejemplo de las complejas y no siempre positivas relaciones entre historia y memoria, que «fabrican» una leyenda bastante alejada de la realidad, como, por seguir con el caso de Croacia, es la de identificar a todos los croatas con los ustashas, cuando no solo había muchos partisanos croatas —el mismo Josip Broz, Tito, nació en una pequeña aldea croata junto a la frontera con Eslovenia—, sino que buena parte de los croatas, que eran católicos —entre ellos el arzobispo de Zagreb, Alojzije Stepinac, que en las últimas elecciones democráticas había votado al Partido Campesino Croata—, no estaban de acuerdo con la política racista de un régimen sustentado por uno de los partidos más pequeños del arco parlamentario croata. La cosa se complica más si se recuerda que, a pesar de sus políticas fascistas, los ustashas o, al menos la mayor parte de ellos, se consideraban católicos por el mero hecho de ser croatas: el «nacionalcatolicismo» no era en el siglo XX una realidad reservada a la España de Franco o al

proyecto sabiniano de Euzkadi y tuvo en Europa central otras manifestaciones como el régimen eslovaco de monseñor Tiso.

Pero el caso de Vukovar y de la región de Srijem no era el único dentro de las fronteras de Croacia. Durante la guerra patriótica Croacia perdió varias áreas de su territorio fronterizas con Serbia. En 1992 una significativa cantidad de territorio croata alrededor de la ciudad de Knin, un área con una gran minoría serbia, se convirtió en un Estado satélite independiente serbio, la *Republika Srpska Krajina* —*krajina* quiere decir frontera, y el término se utilizaba desde hacía siglos para señalar su papel frente al Imperio Otomano—, que llegó a estar políticamente unida con la *Srpska Autonomna Oblast* —Región Autónoma Serbia— en torno a Vukovar, a pesar de la separación geográfica entre ambas —Srijem está en la Croacia oriental—. Fue precisamente la operación *Oluja* la que en 1995 hizo posible que la *RSK* volviera a manos croatas.

El triunfo militar croata en el caso de la *RSK* no se produjo en Vukovar, que volvió a Croacia sin protagonismo alguno del ejército croata, sino después del acuerdo de Erdut de 1995, que dio paso a las negociaciones internacionales que entre 1996 y 1998 tuvieron lugar bajo el paraguas de la ONU. Un momento en que la política interior del nuevo Estado estaba cambiando: no solo se estaban evaluando los daños demográficos y económicos causados por la guerra, sino que se optó por una masiva privatización del tejido empresarial y, como consecuencia, se produjeron un desempleo masivo y crecientes acusaciones de corrupción y nepotismo dirigidas al partido derechista «Unión Democrática Croata» (HDZ) que había protagonizado la guerra patriótica y la independencia del país. Al mismo tiempo, la nueva coalición de izquierdas, el Partido Social Demócrata (SDS), y otros menos populares, adoptaron una postura autocrítica respecto a la guerra patriótica, en un esfuerzo de objetividad que agradase a la Unión Europea.

Antes de que las elecciones del año 2000 permitiesen el acceso de Stjepan Mesic al poder, nació una nueva experiencia conmemorativa dedicada específicamente a Vukovar: en 1999 el Parlamento croata declaró el 18 de noviembre como el «Día de Conmemoración del Sacrificio de Vukovar de 1991», una fiesta conmemorativa que ha calado en el pueblo croata y que consiste principalmente en una procesión, que se celebra en todo el país, una «columna de la memoria», que quiere recordar, ahora con un sentido de victoria, la salida en procesión de los refugiados que fueron obligados a abandonar la ciudad en 1991. Es una conmemoración, con todo, sobre la que no ha faltado la denuncia: se critica su visión «victimista», su aprovechamiento político nacionalista, la falta de compromiso con el futuro de la ciudad, el no reconocimiento del papel que los no croatas jugaron en la defensa de Vukovar, el rechazo a que los grupos étnicos serbios participen en la construcción de la memoria de aquellos hechos. Como concluye Schellenberg, las autoridades han conseguido mantener el centro de atención en

una interpretación nacionalista del pasado, una narrativa heroica de la guerra que la ve como el prerrequisito necesario para la consecución de la estatalidad independiente de la nueva nación.

La *Literatura Domovinskog Rata*, que se estudia en el último capítulo, se centra en los relatos autobiográficos de quienes participaron directamente en la guerra, que compartían así sus experiencias personales con un público más amplio, manteniendo viva de ese modo la memoria del conflicto. Es un *corpus* relativamente amplio —más de 3500 volúmenes hasta 2016—, de calidad literaria muchas veces discutible, pero de gran impacto social. Entre ellos encontramos textos académicos —lo que no significa «imparciales»— procedentes de historiadores del *Ivo Pilar Institut* de Zagreb —aunque la autora no lo menciona, no está de más recordar que Ivo Pilar fue un historiador croata del periodo de entreguerras asesinado por la policía serbia—. De este tipo son también las publicaciones emanadas del Centro Memorial Croata de la Guerra Patriótica, establecido en Zagreb en 2005 como el centro conmemorativo oficial de la *Homeland War* y directamente ligado al Gobierno, cuyo *motto* oficioso es, a tenor de las declaraciones de su director, el Dr. Ante Nazor, «dar a conocer, impedir que se repita y no olvidar». Entre 2006 y 2015 el Centro ha publicado 67 libros sobre la materia, entre ellos 16 tomos de documentos.

Otro tipo de literatura patriótica es la que emana de la Asociación de Veteranos Croatas, de la que formaban parte tanto militares de profesión, antiguos miembros del ejército yugoslavo, como personas que, al tomar las armas, alteraron por completo su trayectoria vital anterior y que, fuera de la guerra misma, no tenían más vida interior que compartir con el lector. Una excepción la constituyen los diarios de Ratko Cvetnic, publicados en 1997, que documentan su paso de ser ciudadano común de Zagreb a defensor de la región de Dubrovnik, registrando el miedo, la rabia, su inseguridad de conciencia y su reluctancia a matar. Me parece muy significativa de su situación interior la siguiente cita: «Como Sandi y yo decidimos ambos permanecer siendo buenos croatas y buenos católicos, decidimos odiar sólo a aquellos serbios que no conocíamos personalmente» (p. 121).

Son muchas más las manifestaciones de la literatura de la guerra patriótica, entre las que hay que destacar las obras sobre la destrucción del patrimonio cultural del país durante la guerra y las que abordan el papel memorial del trabajo del Tribunal Internacional para la antigua Yugoslavia (ICTY) y su adecuada contextualización.

Hay que mencionar aparte a los autores críticos con el ambiente nacionalista de Croacia, que acabaron expatriándose, como es el caso de Slavenska Drakulic y Dubravka Ugresic, ambas bien conocidas en España. Uno de los ensayos de Ugresic dio lugar a una virulenta polémica, en la que la escritora afincada en

UNA APROXIMACIÓN INTERDISCIPLINAR A LA CROACIA MODERNA

Amsterdam fue considerada «una Yugonostálgica sin esperanza, incapaz de aceptar la realidad y de olvidar su pasado comunista», algo que en 2013 ella admitía —«Cuando Yugoslavia finalmente se hundió, mi neurosis tomó un nombre, Yugonostalgia, y una definición: sabotaje político del nuevo Estado croata» (p. 154)—. Schellenberg considera su obra como «una importante forma de contra-memoria respecto a las muchas obras políticas que narran los acontecimientos de 1991 y que celebran el estridente, y altamente problemático, nacionalismo que echó raíces entonces», como el que se encuentra en las documentadas memorias, publicadas en 2015, del político del HDZ, muy cercano a Franjo Tudjman, Vladimir Seks.

En su breve conclusión, Schellenberg vuelve sobre lo expuesto a lo largo de todo el libro. A propósito de la guerra patriótica, se desarrolla tanto una memoria personal como una memoria política que genera un sentimiento de pertenencia nacional y clarifica la identidad nacional de los ciudadanos croatas y que se mantiene hasta 2015. Pero, si se quiere tener en cuenta a los ciudadanos de otro origen étnico o que tienen una visión divergente del conflicto, es necesario trabajar para lograr una memoria más inclusiva en la que, como sostienen hoy tantos autores (Thiemo Breyer o David Rieff, entre otros), ocupe su benéfico lugar el olvido.